



DON FRANCISCO DE QUEVEDO

CON OCASIÓN DE UN LIBRO RECIENTE (1):

I

Nuestra decadencia.—Por qué dura la popularidad de Quevedo.—Moedades.—Aventuras.—Período de privanza con el grande Osuna.—La conjuración de Venecia.—Quevedo en desgracia.—Nueva y brillante etapa de favor.—Santa Teresa y Santiago.—Confiamiento.—Vuelta á la corte.

EL libro de donde voy á destacar la figura de un escritor que sigue siendo popularísimo en España dos siglos y medio después de muerto, se ha publicado seis años hace, y, sin embargo, dudo que haya perdido, no ya la actualidad, sino la virginidad ante la crítica española. No tengo noticia de que nadie haya emitido parecer sobre el *Quevedo* de Merimée, y así lo

(1) *Essai sur la vie et les œuvres de Francisco de Quevedo* (1580-1645), par E. Merimée, Docteur es lettres, maître de Conférences à la Faculté des Lettres de Toulouse.—Un tomo en folio.—Paris, 1886.

do y diputo por novísimo y flamante, considerando que el período de juventud no puede ser el mismo para una novela que para un tan completo estudio crítico, biográfico y bibliográfico. Esto baste á explicar por qué, contra mi costumbre en el NUEVO TEATRO CRÍTICO, vuelvo atrás la vista y tomo en cuenta el *Quevedo*, ó, por mejor decir, me apoyo en él (sin desatender el estudio de D. Aureliano Fernández-Guerra) para escribir sucintas reflexiones sobre la vida del Luciano español.

Ante todo diré que las breves páginas dedicadas por el autor francés á prefacio de su libro, infunden en mi alma patriótica melancolía. "Aunque las literaturas extranjeras—dice Merimée—solicitan hoy más que nunca la atención de los literatos y la curiosidad del público, la española es víctima de cierto género de desdén, y no sirve reponerse contra este prejuicio. Los que de letras españolas tratamos, vamos escaseando cada día más: nuestros nombres caben holgadamente en

un renglón... Mis compatriotas prefieren atenerse al perentorio dictamen del Persa de Montesquieu, repitiendo con él que no hay en España sino un libro bueno, y es el que demuestra la necedad de los restantes. Dolorosa es ya la noticia del juicio que, según Merimée, merecemos á los franceses (y yo, de lo que aprendí cuando residía en Francia, deduzco que Merimée no exagera); pero detrás viene el trago más amargo, y es que según el mismo sabio hispanófilo, nuestra decadencia política corre parejas con la literaria, y ni de la una ni de la otra se ve el fin; la gloria de nuestras letras ha naufragado al par que nuestra grandeza, y no volverá á salir á flote; nuestra misma habla, aunque no se le pueda regatear cierta riqueza y energía, cae en el olvido, como lengua de tribu salvaje, y ya el que emprende estudiar un punto de nuestra historia literaria es explorador de ruinas, donde sólo moran la lechuza y el cárabo...

¡Triste, muy triste, si no tuviésemos para consuelo negativo la afirmación reje-

terada de la decadencia general latina, y para consuelo afirmativo, más noble y alto, la esperanza legítima que deben infundirnos los setenta millones de almas que aquende y allende el mar hablan esa lengua, en Francia sentenciada á muerte! Rechacemos, pues, la copa de acibar, y discurremos sobre la eminente y singular personalidad literaria que con tan claro método y tal riqueza de conocimientos analiza Merimée.

Muchas y muy complejas son las causas que influyen en la persistencia de la popularidad de Quevedo, y de la indulgencia y cariño con que por lo regular se le sigue juzgando, mientras se despliega cierta severidad para calificar la vida privada de Miguel de Cervantes, y se estigmatiza con infamantes censuras todo un aspecto de la de Lope de Vega. Como el espacio de estas páginas me impone en primer término el deber de condensar, reduciré las múltiples razones de la viva simpatía que aún despierta Quevedo, á tres solas y principales; primera: Que-

vedo, aunque tan cortesano y palaciego, tiene la habilidad de representar *la literatura de oposición*, cara á nuestro indisciplinado espíritu; segunda: Quevedo, á pesar de su actitud de satírico fustigador, apenas emite una idea nueva; no se aparta un ápice, en lo esencial, del común sentir del vulgo nacional de su tiempo, que es todavía el de mucha parte del vulgo del nuestro; tercera: Quevedo, aunque siempre rondó al pié del trono y en la antesala de los favoritos, ni desempeñó altos puestos de esos que concitan la envidia, ni granjeó extraordinarias riquezas, y terminó su existencia sufriendo *persecución por la justicia*, lo cual es ya una aureola aquí en España, donde (no sin razón) tememos á la *justicia* más que á los malhechores. Por estas tres causas Quevedo ha sido absuelto, ó, mejor dicho, no ha sido examinada rigurosa é implacablemente su conducta, á pesar de que, si le aplicamos el microscopio con el cual se han registrado otras biografías de escritores, no quedará del todo bien parada la mora-

lidad del filósofo estoico y agudísimo poeta.

Conozco que la afirmación, así descarnada y en abreviatura, sale áspera, hiere y lastima; y, no obstante, del libro de Merimée y aun del estudio de D. Aureliano Fernández-Guerra, leído entre líneas, se infiere lo que en cifra acabo de indicar.—Ya me parece oír la protesta, que se alza siempre que en la vida del hombre que fué alta gloria nacional aparecen manchas más ó menos sombrías. ¿A qué rasgar el velo del santuario? ¿No fuera mejor respetar lo que sólo pertenece al sagrado de la conciencia ó á los misteriosos repliegues del corazón del hombre, “selva de espesura”, como dijo Alfonso el Sabio? ¿Qué vamos ganando con adquirir la triste persuasión de que siempre dominan el barro y la escoria en la masa de que somos hechos?

La verdad—contesto yo—tiene de suyo tal fuerza, hermosura y virtud, que nunca se le debe cerrar el camino, pues rara vez deja de contener en su cristalino

pomo esencia de enseñanza. Por otra parte, en Quevedo apenas hay *vida privada* propiamente dicha. Difícilmente se encontrará escritor que más intervenga en la vida pública de su siglo; sus yerros son propiamente los de su época, y por eso mismo encierran elocuente lección y doctrina para nosotros, pues antes que datos para el conocimiento de un individuo, lo son para el de una sociedad. Ni aun solamente por tal concepto es la vida moral de Quevedo significativa, sino también porque la evolución de su carácter ofrece el espectáculo edificante de un espíritu que con los años se fortalece y acendra, y llega por fin á manifestar resplandores de belleza, dejando precipitarse al fondo los impuros residuos de bastardas pasiones. Demostración consoladora de que las grandes inteligencias se remedian á sí mismas, sin otra medicina que la experiencia y la reflexión, y mientras la colectividad desciende (como sucedía en tiempo de Quevedo), ellas solas ascienden hacia la luz y el bien.

D. Francisco de Quevedo era por su linaje y familia un hidalguelo de gotera (á pesar del famoso y disputado señorío de la Torre de Juan Abad); su padre y madre ejercieron cargos domésticos en la casa Real, porque ya comenzaba para los nobles la infausta era de la servidumbre palatina. El admirador de Epicteto creció entre las faldas de las camareras. Observa Merimée que Quevedo no evoca jamás los recuerdos de sus primeros años; la observación es aplicable á casi todos los escritores de entonces, rudamente viriles y ajenos á este lirismo de la infancia que hoy ablanda los corazones y que el gran Shakespeare (escritor humano *completo*) hizo vibrar en algunas de sus tragedias. La infancia, para aquellos siglos españoles, era cosa risible: "viruelas, baba y moco." Con oportunidad cita Merimée la única poesía de Quevedo en que hay reminiscencias infantiles: el romance que empieza así:

* Paríome adrede mi madre:
;Ojalá no me pariera!

Aunque estaba, cuando me hizo,
De gorja naturaleza...»

pues el tal romance justifica el dicho del erudito francés, que ó nunca estampa Quevedo el nombre de las personas más allegadas, ó lo estampa en lugar y tono inconvenientes; véase una muestracilla:

«Murieron luego mis padres,
Dios en el cielo los tenga,
Porque no vuelvan acá
Y á engendrar más hijos vuelvan.»

Si consideramos que hoy — cuando los amadores del tiempo viejo lloran pérdida la santa autoridad paternal — nadie se atrevería á hablar en ese tono de la muerte de sus padres, quizá nos parezca que el nivel moral ha subido.

Aunque el Sr. Fernández-Guerra habla de la adelantada orfandad de Quevedo y explica su libertinaje precoz por la falta de madre que vele en la infancia y que encamine la juventud y siembre en los corazones la semilla del amor puro, la verdad es que, según documento que el mismo Fernández-Guerra exhibe, tenien-

do Quevedo diez y ocho años le vivían aún su madre y dos hermanas, por lo cual hay que atribuir las apicaradas costumbres de la mocedad de Quevedo á cierta conformidad entre su temperamento y el medio ambiente de Alcalá de Henares, donde terminó sus estudios principados con los jesuitas. Es el vivir de Quevedo en Alcalá muy semejante á las "escenas de la vida de Bohemia," tantas veces narradas por los escritores del moderno romanticismo, con la diferencia característica de que en el bohemio hay lirismo, ensueño é ideal — cosas todas que en Quevedo ni buscadas con candil se encuentran. — En cambio, si el "capigorrón," de Quevedo entretenía con sus diabluras á los escolares, haciendo donaire del vicio y gala de la travesura, la verdad es que batía bien el cobre del estudio, adquiriendo fortísima cultura en filosofía, teología, humanidades y lenguas clásicas, con aquel anhelo hidrópico de adquisición intelectual que distingue á las magnas figuras del Renacimiento:

Cuando Quevedo deja las aulas, no sólo se lleva ese enorme lastre (á trechos útil y á trechos embarazoso para el escritor y á trechos propiamente dicho), sino que hay en su alma un caudal de desilusión y de amarga ciencia experimental: la materialidad y venalidad del amor, el trato con pelanduscas y busconas, las fáciles aventuras, el roce con la turba escolar, con los famélicos porcionistas y los cínicos sopistas rotos y mugrientos, todo fué parte á imprimir al ingenio de Quevedo una dirección peculiar que indudablemente respondía á secretas afinidades de su espíritu. En medio de aquel truhanesco concepto de la vida, dos nociones muy elevadas surgían incólumes: la sinceridad y vigor de los estudios, y el valor, probado en lances de espada de que diariamente eran testigos las callejuelas de Alcalá. En ambos puntos sobresalió Quevedo, y en el valor fué extremado siempre, caso raro en escritor procaz y satírico.

Muerto Felipe II, cayó en poder de su débil hijo el pesado cetro de la vasta

monarquía española, que ya menguaba y decaía de su esplendor con pavorosa rapidez. Las letras, en cambio, nunca habían florecido con tanta lozanía; la cantidad y calidad de sus cultivadores obligan á inclinar la cabeza ante el primer periodo literario del siglo xvii. ¿Qué estrella regía entoncés nuestros destinos para que así, apretados como árboles en floresta, surgiesen genios tan milagrosos — poetas, dramaturgos, novelistas, historiadores? Ni pudo sofocarlos el vicioso matorral de medianías — porque entonces era moda escribir, y escribían los ministros, los príncipes, los magnates, las damas y los religiosos, en espera del advenimiento del monarca llamado á engrosar la lista de *ingenios de esta corte*. — No obstante — advierte con mucha sagacidad Merimée — bajo el influjo de causas profundas que se enlazan con la misma historia de España, asoman ya signos inequívocos de cansancio, de senilidad precoz; el pensamiento desmaya, el ingenio se agota, la originalidad se pierde, y la ri-

queza de la forma no logra encubrir la inopia del fondo. El ideal católico y monárquico, preparado por la laboriosa y austera gestación de la España de la Edad Media, ha brillado de pronto con la riqueza de colores del iris, y ya se disipa, dejando tras sí la negrura del horizonte y la caliginosa densidad del cielo. Quevedo, que es uno de los talentos más ricos de savia de aquel período, es á la vez uno de los que más visiblemente presentan el signo de su caducidad.

A los veinticuatro años, Quevedo goza ya de reputación por versos festivos y humoradas en prosa, y su activa correspondencia con el viejo y eminente humanista Justo Lipsio prueba que las aficiones serias y cultas no le abandonaban en tan peligrosa y crítica edad. No por eso era su vida de mayor recogimiento que en Alcalá, sino que entretecía los estudios con los placeres de la disipación. Mientras filosofaba á lo burlesco en los *Sueños*, reñía á estocadas en la calle Mayor con el capitán Rodríguez, y recorría

en persona "el mundo por dentro," y la "casa de locos de amor." Por entonces ya trataba Quevedo de buscar árbol que le diese sombra,—protección y arrimo de magnates, necesaria, no sólo para medrar, sino para no ser arrollado en la lid cortesana,—dedicando al "grande Osuna," sus versiones de Anacreonte: en breve, confiado á D. Pedro Girón el virreinato de Sicilia, salía Quevedo camino de Italia, á reunirse con el ilustre magnate y poner tierra en medio, no sólo por el duelo con el capitán Rodríguez y el lance contra varios enemigos en la calle de Francos, sino á causa de otra riña de origen muy loable, pues lo tuvo en defender Quevedo á una dama desconocida contra un mal caballero que en público la abofeteó.

Corta es por entonces la residencia de Quevedo en Italia: muy luego vuelve á España y hace ejercicios filosófico-rurales en los llanos de Montiel, donde se asienta la Torre de Juan Abad. En la plenitud de su vida y de su exuberante edad

viril, mal podría sentir Quevedo (aunque su naturaleza fuese contemplativa, que no lo era) el precio de la dulce paz y serenidad aldeana. Lo único que nota con prosaica lucidez, son las ventajas prácticas de la vida del campo: la bolsa que engorda, el cuerpo que se repone y fortalece, el tiempo que sobra, y el gustoso sabor de las villanas sayazas, que visten carnes frescas y sin afeite, mozas sanotas y baratas de conquistar, pues para ellas supone un pellizco lo que para las cortesanas un diamante: (y perdone el lector la ordinariéz de la égloga, que no es culpa mía si Quevedo hallaba incentiva esa sencillez *rusticana*, no siempre perfumada, á falta de almizcle, con el buen olor del aseo). Mas la temporada de retiro, de escritos piadosos, cuidados profanos y reparo de la hacienda que determinó la estancia de Quevedo en la Torre de Juan Abad, no podía ser muy duradera: al poco tiempo, renegando ya de sus geórgicas, volvióse á Sicilia, donde le esperaban muchos y muy dramáticos sucesos.

Era el grande Osuna hecho de molde para entenderse y convenirse en genio y humor con D. Francisco de Quevedo; así le retrata Merimée: "Su expeditivo método de administrar justicia; su afición á burlas y engaños reideros; su desprecio de los convencionalismos burgueses; en una palabra, la mezcla de extravagancia y buen sentido que se advierte en todos sus actos, presentan con el carácter y las ideas de Quevedo similitudes que explican la simpatía que les unió desde un principio y perseveró hasta el fin. La compañía de Quevedo no era solamente deleitosa y recreativa para el virrey, sino que el poeta celebrado de todos los ingenios madrileños comunicaba brillo á la reducida corte de Palermo ó de Nápoles." El Duque también picaba en poeta, y sobre todo en Mecenas de literatos, sabios y artistas: Quevedo fué, como dice con sumo acierto el escritor francés, su ministro de Fomento literario. Paremos la atención en este período de la vida de Quevedo, que es quizá el menos conocido

de su historia, y, sin embargo, uno de los que mejor descubren y retratan sus aptitudes y su carácter.

Como brazo derecho del duque de Osuna, Quevedo fué encargado de la importante comisión de pasar á Niza á explorar las voluntades de aquellos moradores, deseosos de ponerse bajo el protectorado de España. Alborotados los ánimos, el secretario del duque de Saboya había sido asesinado y arrastrado por las calles: mas no era Carlos Manuel hombre que se dejase burlar y quitar de entre las manos el poder supremo, y pidiendo refuerzo de tropas que trajo su hijo el príncipe Tomás, ejecutó tremenda justicia y degüello de sospechosos. Hallábase Quevedo de *ocullis* en Niza: temió el emisario de Osuna que recayese la venganza sobre la familia que le hospedaba, y huyó por mar á Génova, salvando, á la vez que su persona, la del hijo é hijas de su huésped.—Poco después, el Duque, deseoso de obtener el virreinato de Nápoles, confió á Quevedo el cargo de gestionarle tan

elevado puesto en la corte de las Españas; y el satírico que había de fustigar el cohecho y la venalidad de las costumbres políticas, llevó plenos poderes para untar los carros, aunque ya estaban “más untados que brujas.” Suerte común de todo satírico que no sea un santo como Jacopone de Todi: condenar vicios en que él mismo se revuelca.—Fué el tal viaje de Quevedo á España asaz peligroso: á su paso por el Rosellón, prendiéronle tres veces. Llevaba consigo el *Donativo ó Servicio* para el Rey. “Recibiéronle en la corte—escribe Merimée—con los miramientos debidos al portador de cuatro millones y medio.” Entregado el grueso confite regio, comenzó la distribución de grajeas, ó dígase el sistema de soborno: la ralea cortesana se arroja sobre la presa: Quevedo escribe al virrey que los hombres se han vuelto rameras, y que sólo los tiene quien los compra, desde el confesor del Rey Fray Luis de Aliaga, hasta el duque de Uceda y el altivo marqués de Siete Iglesias. Quevedo, con el

epigrama en los labios, mete el brazo hasta el codo en la podredumbre, y compra, no conciencias (pues no las había), sino voluntades, mientras en su alma se acumula la hiel satírica, que, como veremos, sólo espera sazón oportuna de rebozar. Osuna triunfa: suyo es el virreinato de Nápoles.

Ocurre por entonces algo que sugiere á Fernández-Guerra una frase durísima para Quevedo, frase que trasladaré íntegra, porque yo no acertaría á decir nada que tan claramente demostrase la sequedad de corazón que en el Luciano español se advierte. "Embebecido Quevedo con la batahola de negocios, manejos y cábalas, vió caer en el sepulcro, desde el olvido y la pobreza, al anciano venerable á quien debió el mayor cariño y en cuyas obras tantas veces tomó vuelo; al manco sano, al escritor alegre, al regocijo de las musas, á la más grande gloria del ingenio humano; y el cortesano que se deshizo en alabanzas junto al féretro de un adinerado poeta *culto*, no tuvo ni si-

quiera una flor que arrojar sobre la tierra que oprimía los restos de Miguel de Cervantes Saavedra., Y por si no basta, añade el sabio colector y corrector de la edición de Quevedo: "A fuer de político mañoso é interesable, fué menos descuidado en estrechar desde Madrid los vínculos de amistad que le unían en Sicilia con tan ilustres personajes como..." (Aquí una lista de gente copetuda, de esa cuyo trato solían entonces y suelen ahora frecuentar los vividores.)

Encargado ya el Duque del virreinato de Nápoles, le vemos compartir con Quevedo una racha justiciera, visitando las prisiones y administrando justicia con ese criterio expeditivo y radical tan simpático al pueblo. La consigna era entonces captarse simpatías, y Quevedo, en quien dominan más la inteligencia y la ambición que la codicia, se presta admirablemente á ese fin. No es seguro que Quevedo saliese de la nueva etapa con las manos horras y limpias—ni la costumbre autorizaba ciertamente tales derro-